

Algunas líneas sobre la décima, la pelota, Alicia Alonso ante el espejo, nuestro ballet nacional y otros temas cubanos

Roberto Fernández Retamar

A un cuarto de siglo de la fundación del Ballet Nacional de Cuba, nos es difícil concebir nuestra vida sin la existencia de ese Ballet, sin sus hallazgos y triunfos. De una manera singular, él se ha hecho **nacional** no sólo en su nombre, lo que sería poco, sino en su naturaleza. Los numerosos críticos extranjeros que lo comentan, suelen destacar el carácter cubano del mismo, hablan de la escuela cubana de danza, de la manera cubana de interpretar **Giselle**. Y, por otra parte, nuestro pueblo se siente ampliamente representado en ese Ballet; se ve, orgulloso, en el espejo magnífico de Alicia, quien disfruta entre nosotros de una popularidad comparable a la de un gran lanzador de pelota. Todo ello llama mucho la atención. Estamos construyendo una sociedad socialista. El ballet nació en salones aristocráticos. Sin embargo, como ya había hecho la Unión Soviética, en vez de arrojar por la ventana a esa criatura frágil y aérea de los salones aristocráticos, la arrebatamos a los explotadores y la entregamos viva al pueblo trabajador, el cual no sólo la conservó, sino que le dio sus propios rasgos. Qué buena lección práctica de política cultural. Pienso que ese proceso de asimilación está en la raíz misma de nuestro ser: no hablamos el cubano, sino el español, garantía de comunicación universal, pero no un español empobrecido (como creen algunos, ignorantes o aquejados del complejo de inferioridad) sino enriquecido con nuestros modos peculiares de hacerlo nuestro, de recrearlo, de decir en él el mundo. Como tampoco inventamos la décima: fue inventada en España, por gente empingorotada, y ya ven, vino a ser la estrofa más popular en nuestros campos. Ni inventamos la pelota, que lo hicieron los yanquis, pero la jugamos como los ángeles benditos: los cuales, como ya sabía Rafael Alberti, son grandes jugadores de pelota. Y por eso ahora, al saludar de todo corazón estos primeros veinticinco años del Ballet Nacional de Cuba (que siento confundidos con mi vida, desde la adolescencia admiradora hasta el desmantelamiento capital), me gusta agradecerle sobre todo su manera tan ejemplar de injertar en nuestra República el mundo, haciendo que el tronco (y la flor) sean los de nuestras Repúblicas.

